

## Introducción

### Geopolítica en la era de las rivalidades

*José M. de Areilza Carvajal*

A la vista de la rápida evolución de la política internacional y del aumento de las tensiones y conflictos en el mundo, la labor de análisis y prospectiva se ha convertido en más urgente, pero también en una tarea más difícil. Hace poco, Mike Froman, presidente del Council on Foreign Relations, se quejaba con buen humor de que lo malo de hacer predicciones en nuestro tiempo es que tienen que ser sobre el futuro. En un momento de acelerado cambio geopolítico, la publicación del *Panorama Estratégico* este año 2025 es más necesaria que nunca. Quiere ser una contribución sosegada desde España para entender, pensar y anticipar las grandes tendencias y los elementos principales que vertebran un orden internacional en mutación.

Hemos entrado en una nueva era de rivalidades, todavía de contornos poco definidos, que Philip Stephens describe como «el final del final de la historia».

La invasión rusa del este de Ucrania ha puesto fin a una larga etapa en las relaciones internacionales y ha hecho despertar a los europeos a esta realidad diferente. Se trata del paso de un mundo organizado a través de normas e instituciones multilaterales, con todas sus imperfecciones y limitaciones, a uno dividido

y plagado de incertidumbres. Algunos elementos que definen esta situación más inestable son el ascenso de China, el repliegue internacional de Estados Unidos, el crecimiento de amenazas como la ciberguerra o de la emergencia climática, y la persistencia de otras amenazas presentes desde hace años (proliferación nuclear, terrorismo internacional y migraciones descontroladas).

El objetivo de la prosperidad global, central durante los años de *pax americana* que sucedieron a la caída del muro de Berlín, ha cedido su sitio al imperativo de la seguridad entendida en clave nacional o regional. Asistimos de nuevo a la confrontación entre grandes bloques, Estados Unidos y sus aliados frente a la alianza de China y Rusia, dos sistemas que se entienden incompatibles entre sí a pesar de su gran interdependencia económica. Este inestable panorama puede ser descrito como una nueva Guerra Fría, bien distinta a la primera<sup>1</sup>. Esta vez, la gran mayoría de los países del hemisferio sur no toman partido por ninguno de los dos bandos, ya que la división en bloques deja a la mayoría como no alineados. Algunos de ellos, las potencias emergidas, triangulan con eficacia, aprovechando las ventajas de multialinearse en el contexto de esa rivalidad, como son los casos de India, Arabia Saudí, Brasil, Sudáfrica o Emiratos.

El término «geopolítica», que había caído en desuso después de la Segunda Guerra Mundial, ha vuelto y se utiliza de modo generalizado. Nuestras palabras son nuestros mundos: ya no hay un marco predecible en las relaciones internacionales y la ambición de poder, la geografía y la historia sacuden los cimientos del orden mundial. El derecho internacional se devalúa, el uso o la amenaza de la fuerza se hace más presente y comienza una desglobalización económica que aún no se sabe hasta qué cotas de proteccionismo y fragmentación nos llevará. Como decía nuestro añorado Josep Piqué, la geografía siempre está y la historia siempre vuelve.

La demanda de seguridad omnipresente es un concepto en expansión: engloba ya además de la defensa, la energía, el comercio y las inversiones, las tecnologías disruptivas (con su impacto, entre muchos otros ámbitos, en el derecho a la información), la salud y la inmigración. Las interdependencias se entienden cada vez más como vulnerabilidades, y el debate político en muchas democracias gira cada vez más en torno al eje países abiertos *versus* países cerrados, dejando atrás divisiones ideológicas clásicas.

---

<sup>1</sup> Niblett, R. (2024). *The New Cold War*. Londres, Atlantic Books.

En el centro de esta disrupción geopolítica se encuentra Estados Unidos. El ex secretario de Defensa, Robert Gates, ha advertido en un artículo de gran calado de cómo la superpotencia occidental se ve lastrada por una política disfuncional y polarizada en la que hoy parece imposible alcanzar los consensos básicos que le permitan responder a una situación geopolítica delicada, con cuatro autocracias que la desafían y están cada vez más coordinadas entre sí: China, Rusia, Irán y Corea del Norte.

Con el regreso al poder de Donald Trump, Washington deja atrás la reconstrucción de las alianzas en política exterior, como ha hecho Joe Biden durante su único mandato, y se adentra en una política exterior a caballo entre el aislacionismo y una versión del imperialismo que nos retrae al siglo XIX.

El republicano ha vuelto a la Casa Blanca con un lenguaje victimista y aspira a cambiar rápidamente las reglas del juego, tanto de la democracia como de un orden internacional en buena medida construido por Estados Unidos. Se trata de saltar por encima de consensos, pactos, normas e instituciones con el argumento de que las élites locales y globales son corruptas. No es posible la reforma y solo queda la ruptura con el orden establecido. Para los europeos, el regreso de este político disruptor es una pésima noticia, porque ni la Unión ni sus Estados se encuentran preparados y cohesionados ante lo que se avecina. La segunda presidencia de Trump es un triple *shock* para la defensa, la economía y la democracia del continente.

Pero los gestos, declaraciones y políticas del presidente Trump no son solo una disrupción, sino también una gran distracción. Retira a su país de la lucha global contra la emergencia climática y de la coordinación de los asuntos de salud global, ignora la importancia de establecer normas claras en el desarrollo de la inteligencia artificial y aspira a seguir manteniendo la hegemonía de la superpotencia sin proveer de estabilidad al mundo. Las alianzas comerciales y defensivas se ponen en entredicho y se niega su premisa fundamental. Leslie Vinjamuri, directora del programa sobre Estados Unidos en Chatham House, Londres, ha explicado que, si bien la presidencia de Trump vuelve a plantear la pregunta del compromiso global de su país, esta cuestión se planteaba en la sombra desde hace décadas en presidencias anteriores<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Vinjamuri, L. (2025). The new Trump administration could herald a remaking of the international order. How should the world respond? *Chatham House*.

Sin embargo, esta vez la combinación trumpista de aislacionismo e imperialismo decimonónico hace mucho más difícil la cooperación entre países para enfrentar problemas comunes. Es cierto que el poder blando de Estados Unidos en la nueva versión MAGA es apreciado en no pocos lugares del mundo: los regidos por dictadores y aprendices de hombres fuertes. El estudio del Consejo Europeo de Relaciones Exteriores, *Solos en un mundo trumpista*, realizado en enero de 2025 revela algunos datos muy relevantes:

«Los ciudadanos más preocupados por la vuelta de Trump pertenecen a los países aliados más cercanos. Solo el 22 % de los europeos continentales, el 15 % de los británicos y el 11 % de los surcoreanos piensan que es bueno para sus naciones. Mientras tanto, el 84 % de los indios, el 61 % de los saudíes, el 49 % de los rusos y el 46 % de los chinos aprecian que es positivo para sus países<sup>3</sup>».

Es muy posible que en adelante resulte mucho más difícil ser un país aliado que un rival de Washington. La tarea de las democracias en los próximos cuatro años es sobrevivir, adaptarse y jugar bien sus bazas. Ivan Krastev ha recordado hace poco que la mejor estrategia hacia Trump es no comportarse como una víctima y no tener prisa por complacerlo u oponerse a sus planes<sup>4</sup>. Sería el momento de impulsar la libertad y la prosperidad con mejores políticas y menos guiones televisivos.

Para ganar las elecciones, Trump ha desplegado una astucia política notable al tejer una coalición amplia entre grupos de votantes con agendas muy diferentes: el movimiento MAGA, los evangelistas, los libertarios y muchos miembros de minorías raciales. El plano internacional es el ámbito en el que Trump puede causar más destrozos. Promete emociones fuertes, repliegue, transacciones y hasta expansionismo territorial, todo ello envuelto en su fascinación por los líderes fuertes de las peores autocracias.

Sin duda, el asesor presidencial más poderoso en el comienzo del ciclo es el billonario Elon Musk, quien ejerce como primer ministro *de facto*. Por un lado, aspira a mantener y aumentar los numerosos contratos que tienen sus empresas con el Gobierno federal.

---

<sup>3</sup> Garton, T., Krastev, I. y Leonard, M. (2025). Alone in a Trumpian world: The EU and global public opinion after the US elections [en línea]. *ECFR*. [Consulta: 2025]. Disponible en: <https://ecfr.eu/publication/alone-in-a-trumpian-world-the-eu-and-global-public-opinion-after-the-us-elections/>

<sup>4</sup> Krastev, I. (2025). The Key for Dealing with Donald Trump is not to play the victim. *Financial Times*.

Por otro, hace de cerebro en la sombra del gabinete Trump y lucha en todos los frentes, desde la reforma de la Administración (encomendada a él) a la paz en Ucrania, las reglas del juego de la IA o el apoyo a los ultraderechistas europeos.

Pero no es solo este tecnólogo movedizo el que inspira a Trump. Varios importantes empresarios del mundo de la tecnología digital lo apoyan y aprovechan la ocasión de hacer avanzar sus intereses y su visión del mundo. Muchos de ellos son tecno-optimistas y practican una versión del anarquismo liberal de raíces darwinistas en el polo opuesto de la sensibilidad europea hacia el reconocimiento y la protección de los más débiles de la sociedad. Estiman que el freno a la degradación del medio ambiente se conseguirá solo a través de soluciones tecnológicas impulsadas por el mercado y por el ser humano (en realidad unos pocos bien seleccionados), llamado a convertirse en una criatura superior gracias a los hallazgos de la revolución digital.

Los miembros del movimiento MAGA (*Make America Great Again*), muchos de ellos trabajadores que antes votaban a los demócratas, pueden ser los primeros perjudicados de las iniciativas domésticas e internacionales de Trump. El magnate no se puede volver a presentar dentro de cuatro años, tiene las manos libres y el viento a favor. Es la euforia del que se siente poderoso, que típicamente lleva a sentirse por encima de las normas y llamado a realizar grandes proyectos. Pero a Trump le importa la popularidad y las encuestas, como buen experto en *ratings* de programas televisivos, y también los datos macroeconómicos y la bolsa, aunque transmita su propia versión de ellos. El arranque de su mandato puede ser bien distinto de lo que venga después. Los mejores trumpólogos saben que tienen que estar preparados para giros sorprendentes de guion y sobresaltos continuos.

La prioridad internacional de Estados Unidos, algo en lo que coinciden republicanos y demócratas, ha sido en la última década contener a China, la superpotencia rival en ascenso. Xi Jinping quiere recuperar Taiwán y no está dispuesto a esperar los cien años que sugirió Mao Tsetung a Richard Nixon en el histórico encuentro de febrero de 1972. Al actual dirigente chino, dispuesto a pasar a la historia como un gran líder, se le acumulan los problemas domésticos, lo que podría llevarle a acelerar sus planes para poner fin a la democracia en Taipei: derrumbe del sector inmobiliario, intervencionismo estatal ineficaz, protestas de minorías y jóvenes, y corrupción y fracaso de la política covid cero.

China proyecta sus necesidades de seguridad interior hacia el mundo mediante una estrategia a largo plazo que le asegura influencia global, fuentes de energía y materias primas. Al mismo tiempo, sigue teniendo la mentalidad de ser el imperio central y contempla a los demás países como tributarios y no iguales, una mentalidad que hasta ahora ha modulado la creciente exportación de su modelo político y económico.

Lo que queda de siglo *xxi* va a estar presidido por una rivalidad cada vez más fuerte entre China, la potencia que aspira a la hegemonía global, y Estados Unidos, que quiere mantener en todo lo posible esa preeminencia.

La superpotencia asiática responde a su ritmo a la emergencia climática, el primer reto existencial del planeta. El verdadero problema ante esta amenaza global es doble: no hay casi tiempo para poner en marcha las transiciones verdes que eviten que el planeta sea inhóspito de forma irreversible. Los mecanismos que se han puesto en pie con el sistema de las COP no son del todo eficaces. Además, Estados Unidos se aparta del marco multilateral por segunda vez, con un partido republicano que sufre el virus del negacionismo climático. En este campo dependerá cada vez más de las acciones en los Estados y de las empresas, que confían sobre todo en posibles soluciones tecnológicas.

La Unión Europea y sus Estados miembros están poco preparados para un mundo en el que la seguridad es el imperativo dominante y que afecta a tantos ámbitos —economía, energía, tecnología, inmigración, salud—. Por eso es necesario reformular la introspección de Bruselas de estos años en los que ha debatido intensamente y con un cierto bizantinismo sobre la autonomía estratégica del continente. En realidad, la pregunta prioritaria es: ¿cómo puede contribuir Europa a resolver problemas globales en un mundo en el que la seguridad se ha convertido en el interés primordial?

Para los europeos, el nuevo ciclo de trumpismo puede tener efectos muy negativos en la economía, la defensa y la democracia. La Unión y sus Estados miembros no están bien preparados para un mundo en el que la superpotencia occidental ya no es proveedor de estabilidad global.

Por el contrario, los nuevos bárbaros occidentales, como llamaba a los habitantes de Estados Unidos un personaje de Henry James en su novela *Los americanos* (1877), están dispuestos a debilitar las organizaciones multilaterales y apoyan abiertamente a los

partidos antieuropeos. El libre comercio, el multilateralismo, los estándares universales para mejorar las reglas del juego de la tecnología digital y el trabajo global frente a la emergencia climática corren el riesgo de descender a un plano secundario. Y esto daría paso a un mundo mucho peor.

Ante la invasión rusa de Ucrania, la UE ha actuado con rapidez y unidad, pero dista mucho de haber dado pasos suficientes para tener peso propio en este ámbito. Los países del continente invierten cada vez más en defensa (en total alrededor un 40 % del presupuesto de EE. UU.), pero se hace desde lógicas nacionales, arrastrando una fragmentación y falta de coordinación muy preocupantes y sin una base industrial suficiente. Estas limitaciones se conocen desde hace años, aunque no se haya hecho nada para remediarlas. Hay una mentalidad de pacifismo muy generalizado entre los votantes, por lo que el problema no solo atañe a las instituciones, las capacidades y los medios.

Es cierto que antes de la guerra de Ucrania en 2022 la Unión había estado ocupada en gestionar una sucesión de crisis existenciales: la triple crisis de bancos, deuda y crecimiento en 2008 que obligó a rediseñar el euro, la avalancha migratoria de 2015, el surgimiento de movimientos populistas y nacionalistas antieuropeos, bien ejemplificado en el episodio del Brexit, y, finalmente, la pandemia y sus consecuencias devastadoras en la salud y la economía. Esta última crisis alentó un importante debate sobre las consecuencias de la desglobalización en marcha.

En cada una de estas crisis, la UE realizó un valioso aprendizaje y aprobó reformas guiadas por el objetivo de profundizar en la integración. El caso más exitoso de entender las crisis como oportunidades, en la mejor tradición europea, fue la creación del llamado fondo de recuperación Next Generation, un instrumento económico-financiero muy novedoso de carácter federal. La sexta crisis es muy posible que llegue con la disrupción internacional provocada por la segunda presidencia de Donald Trump.

En toda Europa crecen los movimientos nacionalistas y populistas, como ha ocurrido en las últimas elecciones legislativas de Francia o en los comicios europeos pasados. Cuando las instituciones se debilitan, la tentación es buscar personalidades fuertes que aborden de modo sencillo problemas de gran envergadura, como la inmigración o la desigualdad, y choquen con enemigos externos.

Una de las amenazas que se cierne sobre el continente europeo es la coincidencia entre la corriente transgresora de la política

estadounidense y la actividad subversiva del vecino ruso. De nuevo desde Washington, un presidente jalea a partidos antieuropeos, desde la extrema derecha de Nigel Farage al ultranacionalismo de Viktor Orban en Hungría, el caballo de Troya de Vladimir Putin en la UE. Elon Musk también ha mostrado en público su cercanía al inglés y parece dispuesto a financiar al partido neonazi alemán, la AfD, en segunda posición en los sondeos de las próximas elecciones de febrero. Para Musk, AfD y la formación de Giorgia Meloni en Italia son la misma cosa por su rechazo a la inmigración, sin importarle las claras diferencias entre ambos discursos.

A cambio, las encuestas indican que los ciudadanos confían más en las instituciones comunitarias que en las nacionales. El 77 % reclaman una política de seguridad y defensa a escala continental, aunque no está claro que estén dispuestos a pagar el precio.

Europa ha vivido con comodidad bajo el paraguas militar de Estados Unidos mientras ha desarrollado el mejor Estado social de la historia. A cambio no ha hecho el suficiente esfuerzo en seguridad y defensa, todavía hoy una competencia nacional. Al igual que ha ocurrido con una larga lista de políticas económicas y sociales ya europeizadas, es urgente dar pasos para compartir soberanía en el área de defensa.

No obstante, buena parte del trabajo global de los europeos en seguridad y defensa en el futuro debe seguir siendo como aliados de Estados Unidos, un gran país con el que existen diferencias que habrá que resolver con lealtad y en un dialogo permanente. La opción de un acercamiento a China choca con los valores y con los intereses europeos a medio plazo, por mucho que se esgrima esta posibilidad retórica desde Bruselas o París. A pesar de la crecida nacionalista y populista, las dos orillas del Atlántico comparten una historia común y unas bases civilizatorias en un mundo en el que Occidente cede cada vez más poder ante otros actores emergentes.

No parece acertado centrar el debate en ser o no ser «vasallos» de Estados Unidos, como lo hizo Emmanuel Macron para defender una política propia hacia China. Es preferible entender la relación con la superpotencia occidental en términos de amistad entre socios que a veces están de acuerdo y otras no tanto, pero que resuelven sus diferencias sabiendo que comparten objetivos a largo plazo.

Los europeos necesitan a Estados Unidos como aliado principal en seguridad y defensa, sin que por ello deban dejar de desarrollar

capacidades propias. En el norte de África y en el Sahel, por ejemplo, Europa va a tener que actuar cada vez más sin Estados Unidos. Al mismo tiempo, Estados Unidos ya no tiene la capacidad de contener a China sin trabajar en coalición con sus aliados. Tras volver a intervenir en una guerra en suelo europeo, Washington espera que la relación transatlántica funcione en el Pacífico.

La UE ya ha cambiado su percepción de China y paso a paso se acercan a la visión estadounidense de contención del gigante asiático, aunque sin llegar a considerarlo un enemigo, como ocurre cada vez más en Washington, ni a reconocer la necesidad de desacoplar su economía y dejar de invertir y comerciar.

A los europeos les corresponde acelerar su respuesta a la nueva era de rivalidades y, mientras tanto, desarrollar nuevas capacidades económicas y defensivas, y buscar a corto plazo entendimientos con la nueva administración estadounidense. También deben repensar las reglas de la globalización, en primer lugar, en sectores estratégicos como semiconductores, minerales críticos o baterías con el fin de preservar las ventajas económicas del proceso de apertura internacional y minimizar los riesgos. La industria europea, por ahora, necesita seguir en China. La ola de proteccionismo, aislacionismo e inestabilidad desatada desde Washington debería servir para fortalecer el mercado interior y la identidad política continental y para hacer los deberes en defensa.

Una buena noticia para los europeos continentales es que cada vez más ciudadanos británicos piensan que es necesario estrechar la relación entre el Reino Unido y la UE, incluyendo un 26 % de los que votaron por el Brexit.

Varias razones explican este estado de opinión. Las amenazas a la seguridad común que representa la guerra de Ucrania hacen bueno el dicho de que todos los países europeos son pequeños, solo que algunos no lo saben todavía. El retorno a la Casa Blanca de Donald Trump, un presidente muy escéptico sobre la importancia del vínculo transatlántico y dispuesto a desatar guerras comerciales con sus aliados también impulsa la cooperación entre los dos lados del canal.

Esto no quiere decir que los británicos vayan a volver a formar parte de la UE a corto plazo. El trauma del Brexit está todavía presente y pasará una generación antes de que se pueda replantear la adhesión. Las crisis políticas en Francia y Alemania y las divergencias entre los dos países motores de la integración dificultan asimismo que la UE reaccione con rapidez ante las amenazas a

su seguridad y piense en asociarse con su antiguo Estado miembro. Existen, no obstante, numerosas iniciativas concretas sobre las que trabajar juntos. La lista de temas pendientes es interminable: defensa, economía, educación, investigación, desarrollo tecnológico, lucha contra la emergencia climática...

El Reino Unido sigue siendo la primera potencia militar y la segunda economía del continente, aunque la situación de sus finanzas públicas lastra la puesta al día de sus capacidades globales. El gobierno laborista de Keir Starmer entiende que su proyecto de reformas pasa por intensificar las relaciones con el mercado interior comunitario y mejorar el acceso al mismo. Es cierto que los conservadores se han radicalizado tras su derrota electoral, pero un tercio de sus votantes quieren mejorar la cooperación con la Unión Europea. El pragmatismo empieza a sustituir a una arrogancia que en 2016 se disfrazó de patriotismo. En el continente, el Reino Unido cada vez es más percibido como parte de la solución.

La gran pregunta hoy es si la UE puede evolucionar y dotarse a tiempo de las capacidades necesarias en seguridad y defensa para gestionar asuntos geopolíticos de gran envergadura. Es una cuestión existencial que obliga a revisar una creencia bien instalada y rebatida, entre otros, por Joseph Weiler:

«Es palmario que ningún país europeo puede defenderse solo. Y siendo eso así, es ridículo considerar que la defensa no debe ponerse en común... Los Estados europeos han descuidado su defensa, pensando —basándose en el recuerdo del siglo xx— que en caso de necesidad siempre acudirá EE. UU.<sup>5</sup>».

El objetivo de impulsar la defensa europea requiere responder a tres preguntas: cómo impulsar el refuerzo del vínculo transatlántico cuando Estados Unidos cambia de prioridades y puede volver al aislacionismo, cuánta centralización de poderes en torno a la UE en cuestiones de defensa se necesita y a qué velocidad es necesario y posible avanzar en uno y otro caso.

Nadie sabe cómo terminará la guerra de Ucrania, pero las posibilidades de una partición del país son cada vez mayores. La gran cuestión será qué tipo de garantía de seguridad se ofrece desde Occidente al territorio gobernado desde Kiev. Una Rusia

---

<sup>5</sup> Ramón, J. C. de (2022). Joseph Weiler: la omnipresencia de los derechos y la desaparición de los deberes. *The Objective*.

victoriosa sería una potencia aún más revanchista y crearía una inestabilidad permanente en la frontera este de Europa.

Finalmente, antes de presentar uno por uno los capítulos que conforman *Panorama Estratégico 2025*, me gustaría concluir este análisis preliminar advirtiendo contra la trampa del realismo en el regreso a la geopolítica que vivimos. Esta óptica cada vez más extendida solo debe servir para analizar las relaciones internacionales como son, pero no como deben ser. El uso de la fuerza no puede convertirse en el primer principio de las relaciones internacionales. El realismo es útil para entender cómo cambia la distribución de poder global, pero muy dañino si sirve para descartar cualquier visión normativa que defienda la diplomacia, la negociación, un orden mundial basado en reglas y las organizaciones internacionales. Esta visión es profundamente equivocada: supone negar que el progreso moral exista y lleva a la parálisis y la resignación. Sobre todo, no puede ser más ajena al significado de la palabra Europa, el nombre de nuestra civilización.

La edición de 2025 del *Panorama Estratégico* analiza y estudia con rigor los grandes asuntos de un orden internacional en mutación.

En primer lugar, el embajador Jorge Dezcallar reflexiona sobre el papel de Europa en una nueva etapa internacional. Se hace la pregunta esencial de si es tarde para adaptar el orden geopolítico surgido de la Segunda Guerra Mundial y añade una reflexión lúcida y urgente sobre el surgimiento de la inteligencia artificial y su capacidad transformadora. Explica cómo el reparto del poder en las organizaciones internacionales se ha quedado anticuado. El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial tienen un problema de representatividad que no han conseguido abordar todavía. También razona sobre cómo las guerras aceleran la marcha de la historia y traza un análisis de largo alcance sobre posibles escenarios futuros en la evolución de las relaciones de poder entre Estados y también con actores no estatales.

El coronel José Pardo de Santayana dedica su capítulo a estudiar de modo preciso y con enorme claridad cómo la guerra ha vuelto al centro mismo de las relaciones internacionales y el arma nuclear ha recuperado el protagonismo perdido. Su estudio destaca cómo Europa vive bajo la amenaza de una escalada preocupante y reflexiona sobre el gran interrogante que abre la llegada el inicio de la segunda presidencia de Donald Trump.

Este nuevo mandato del republicano es analizado como una etapa de priorización del interés nacional por el profesor José María Peredo en su capítulo sobre la evolución de la política exterior de EE. UU. También valora en qué medida la superpotencia occidental se encuentra en una posición más firme para hacer frente al nuevo orden de competición.

El papel de la Unión Europea y de sus Estados miembros en este mundo en transición es abordado por el profesor Daniel Fuentes. En su capítulo analiza cómo pueden transitar hacia un futuro más sostenible y también más resiliente. A través del estudio de las proyecciones económicas y de los riesgos geopolíticos en 2025 para los europeos, dibuja varios escenarios futuros posibles y subraya las lecciones aprendidas de la gestión de la sucesión de crisis en el continente desde 2008.

La evolución de los principales actores y sus estrategias en el Indo-Pacífico son estudiados por la profesora Eva Borreguero. Dedicar su capítulo a explicar cómo evoluciona este espacio de competencia regional decisivo y la repercusión de tales dinámicas en el orden global. Las dos superpotencias rivales pugnan por influir en el nuevo centro del mundo: China más asertiva por la deriva autoritaria de la etapa de gobierno de Xi Jinping, y Estados Unidos más exigente hacia sus aliados, a los que reclama mayores inversiones en defensa. Washington es también un actor más impredecible con la vuelta de Trump al poder. India, por su parte, gestiona la rivalidad con China y se prepara para no depender de ninguna de las dos superpotencias en liza.

El *Panorama* dedica también un capítulo a Oriente Medio escrito por el profesor Haizam Amirah Fernández y la periodista Rosa Meneses. En este análisis de una región que atraviesa un nuevo periodo de guerras y convulsiones se destaca cómo el retorno de Donald Trump a la Casa Blanca afectará profundamente a un Oriente Medio que está viviendo una reorganización de los equilibrios de poder regionales.

Por último, el *Panorama Estratégico* presta también atención a dos grandes regiones del mundo esenciales para el futuro europeo y español, Latinoamérica y África.

En el capítulo dedicado a América Latina, Juan Pablo Toro, periodista y experto en política y seguridad en la región, plantea la pregunta de cómo puede este conjunto de países escapar de la trampa del sur global. Analiza la influencia de países como China o Rusia y subraya la importancia de las alianzas de Latinoamérica

con países occidentales para transitar hacia sociedades abiertas y mejorar la convivencia y la prosperidad.

En el capítulo sobre África, el profesor José Segura, director general de Casa África, presenta el continente como un epicentro político que atrae la atención de las principales potencias mundiales. En su análisis desentraña algunas de sus complejidades y aborda los grandes retos de las migraciones, la gobernanza y el desarrollo energético. Propone tratar a estos países como «socios diversos e igualitarios en la construcción de un orden mundial más justo y sostenible».